

# Erasmus de Rotterdam

## *Julio II excluido del reino de los cielos*

**Nota:** texto escaneado a partir de la edición Erasmo de Rotterdam, *Escritos de crítica religiosa y política*, Barcelona, Círculo de lectores, 1996, pp. 51-103. No se han incluido las notas del traductor.

### INTERLOCUTORES:

*El papa Julio II, su Genio, San Pedro*

*Julio.* ¿Qué pasa aquí? ¿No se abre la puerta? Supongo que han cambiado la cerradura o está estropeada.

*Genio.* Antes de todo mira, no sea que no hayas traído la llave apropiada, pues esta puerta no se abre con la misma llave que el arca de los caudales. ¿Por qué no has traído las dos? Ésta es ciertamente la llave del poder, pero no la del saber.

*Julio.* Nunca he tenido otra llave que ésta; y no veo qué necesidad hay de aquella si tenemos ésta.

*Genio.* Y yo tampoco, salvo que de momento nos quedamos fuera.

*Julio.* Hiervo de cólera. Voy a golpear la puerta. ¡Eh, eh, que alguien abra esta puerta al instante! ¿Qué es esto? ¿No acude nadie? Sí que tarda este portero. Supongo que estará roncando, completamente borracho.

*Genio.* Éste mide a todos por su mismo rasero.

*Pedro.* Menos mal que tenemos una puerta de acero; de lo contrario este individuo, quienquiera que sea, la hubiera hecho saltar. Debe de ser algún gigante o un sátrapa, destructor de ciudades. Pero, Dios inmortal, ¡qué olor más espantoso! No abriré la puerta inmediatamente, sino que miraré por el ventanillo enrejado para averiguar de qué portento se trata. ¿Quién eres? O bien ¿qué quieres?

*Julio.* ¿Por qué no abres la puerta tanto como te sea posible a quien convenía haber salido al encuentro, incluso con todo el séquito celeste, si hubieras querido cumplir con tu deber?

*Pedro.* Mucho mandas. Eres tú, sin embargo, el que debe decir antes quién eres.

*Julio.* ¡Como si no lo vieras tú mismo!

*Pedro.* ¿Qué hay que ver? Yo no veo sino un espectáculo

*Julio.* Si no estás completamente ciego, supongo que reconocerás esta llave de plata, en el caso de que no conozcas el roble de oro. Ves además la triple corona y el manto reluciente por doquier de pedrería y oro.

*Pedro.* Reconozco, ciertamente, una llave de plata, aunque sola y muy diferente de aquellas que en otro tiempo me confió el verdadero pastor de la Iglesia, Cristo. Pero en cuanto a esa corona tan soberbia, ¿cómo podría reconocerla, si ningún tirano bárbaro se ha atrevido a portarla nunca, tanto más si se dispone a pedir la entrada a este recinto? El manto ese en nada me conmueve, pues siempre pisé y desprecié las piedras preciosas y el oro como si de desechos se tratara. Pero ¿qué es esto? Veo por todas partes, tanto en la llave como en la corona y en el manto, las señales del traficante e impostor más infame, que ostenta ciertamente mi nombre, mas no mi proceder, del Simón que yo una vez expulsé con la ayuda de Cristo.

*Julio.* Déjate de tonterías, si estás cuerdo. Por si no lo sabes, yo soy Julio el Ligur y si no me engaño reconocerás las dos letras P.M., a no ser que nunca hayas aprendido las letras.

*Pedro.* Supongo que significan «Peste Máxima».

*Genio.* ¡Ja, ja, ja! ¡Hay que ver cómo este adivino ha dado en el blanco!

*Julio.* Al contrario. Significan «Pontífice Máximo».

*Pedro.* Aunque seas tres veces máximo e incluso más grande que aquel Mercurio Trismegisto, aquí no serás aceptado si no eres óptimo, es decir, santo.

*Julio.* Si la denominación de santo vale en verdad de algo en este asunto, eres un completo desvergonzado, pues te resistes a abrirme las puertas cuando tú, con tantos siglos como han transcurrido, eres llamado únicamente santo y a mí nadie me ha llamado nunca sino santísimo. Ahí están además las seis mil bulas...

*Genio.* Verdaderas burbujas.

*Julio.* ...en las que se me llama «santísimo señor» más de una vez y donde incluso se me designaba con el nombre de santidad, no de santo, tal como era de mi gusto.

*Genio.* Incluso en estado de embriaguez.

*Julio.* Ellas dirían que lo ha hecho su santidad el santísimo Julio.

*Pedro.* Pide, pues, el cielo a esos aduladores que te hicieron santísimo; y que te concedan la felicidad los mismos que te dieron la santidad. Pero ¿hasta ese punto crees que no hay ninguna diferencia entre ser llamado santo y serlo?

*Julio.* Me pones furioso. Si hubiera podido seguir viviendo, no te envidiaría ni tu santidad ni tu felicidad.

*Pedro.* ¡Una declaración indicativa de una mente santísima en verdad! Pero hace ya rato, por lo demás, que te vengo recorriendo con la mirada de arriba abajo y advierto muchas señales de impiedad, mas ninguna de virtud. Pues, ¿qué significa este nuevo cortejo, tan impropio de un pontífice? Has traído contigo casi veinte mil hombres y no veo en tanta multitud ni uno solo cuyo rostro sea el de un cristiano. Veo un caos humano repugnantísimo que a nada huele sino a burdel, vino y pólvora de cañón. Bandidos a sueldo me parecen o más bien fantasmas infernales que han llegado hasta aquí desde el Tártaro para declarar la guerra al cielo. Y por lo que a ti se refiere, cuanto más y más te miro, tanto menos reconozco vestigio alguno de hombre apostólico. Para empezar, ¿qué monstruosidad es esa de llevar por fuera los ornamentos sacerdotales, mientras por dentro rechinas y estás todo erizado de armas sangrientas? Además, ¿qué mirada es esa tan salvaje, qué boca tan terca, qué frente tan amenazadora, qué ceño tan altivo y arrogante? Vergüenza me da decir y me duele también ver que no hay ninguna parte del cuerpo que no esté manchada con señales manifiestas de lujuria monstruosa y abominable; no digamos ya que, encima, todo tú eructas y apestas a vino y borrachera y parece que acabes de vomitar. Hasta tal punto es ésta la condición de todo tu cuerpo que más pareces ajado, marchito y quebrado por una vida de crápula que por la edad o las enfermedades.

*Genio.* ¡Cuan gráficamente lo ha pintado con sus propios colores!

*Pedro.* Aunque te veo amenazarme ya con el ceño, no puedo callar lo que siento. Barrunto que aquel apestosísimo Julio pagano ha vuelto del infierno disfrazado para reírse de mí; hasta tal punto te pareces a él en todo.

*Julio.* ¡Voto a bríos!

*Pedro.* ¿Qué ha dicho?

*Genio.* Está furioso. Ante esta palabra no había ni un solo cardenal que no se echara a correr, sobre todo del banquete. De lo contrario habría sentido el bastón del santísimo.

*Pedro.* Me parece que tú conoces perfectamente el talante de este hombre. Dime, pues, quién eres.

*Genio.* Soy el magno Genio de Julio.

*Pedro.* Más bien el malo, creo.

*Genio.* Quienquiera que yo sea, soy en todo caso de Julio.

*Julio.* ¿Por qué no te dejas de tonterías y abres la puerta, si no prefieres que la haga saltar? ¿Qué más quieres? ¿Ves qué compañía traigo?

*Pedro.* Veo, ciertamente, bandidos muy avezados. Mas, para que no sigas en la ignorancia, te diré que estas puertas has de conquistarlas con otras armas.

*Julio.* Y yo digo que ya está bien de palabras. Si no obedeces al punto, lanzaré contra ti el rayo de la excomunión con el que alguna vez aterricé a los más altos reyes e incluso reinos enteros. ¿Ves la bula preparada ya al respecto?

*Pedro.* ¿De qué mal rayo, de qué trueno, bulas o fanfarronadas me hablas?, di; pues de todo eso nunca oímos nada a Cristo.

*Julio.* Pero lo comprobarás, si no obedeces.

*Pedro.* Si solías amedrentar a otros en otro tiempo con estos humos, de nada te vale todo eso aquí, donde conviene hablar en serio. Con buenas, no con malas acciones se conquista esta ciudadela. Pero, por favor, ¿me amenazas tú con el rayo de la excomunión? Di con qué derecho.

*Julio.* Con el mejor de los derechos, puesto que eres ya un particular y nada más que un sacerdote particular cualquiera; incluso ni siquiera un sacerdote al no tener poder de consagrar.

*Pedro.* Supongo, naturalmente, que por muerto.

*Julio.* Así es.

*Pedro.* Pero por esta misma razón en nada me aventajas, puesto que estás más que muerto.

*Julio.* Al contrario. Mientras los cardenales discutan sobre la elección del nuevo pontífice, la autoridad es mía.

*Genio.* ¡Cómo sigue soñando todavía los sueños de la vida!

*Julio.* Abre de una vez, te digo.

*Pedro.* Y yo te digo que si no me expones tus méritos, hablas en vano.

*Julio.* ¿Qué méritos?

*Pedro.* Me explicaré. ¿Has destacado en la sagrada doctrina?

*Julio.* Apenas nada. No tenía tiempo para eso, ocupado como estaba en tantas guerras. Pero hay hermanos de sobra, si esto tiene alguna importancia.

*Pedro.* ¿Ganaste entonces muchos para Cristo con tu vida santa?

*Genio.* Una enormidad para el Infierno.

*Pedro.* ¿Brillaste por los milagros?

*Julio.* Dices cosas obsoletas.

*Pedro.* ¿Rezaste pura y asiduamente?

*Julio.* Vaya tonterías que gruñe éste.

*Pedro.* ¿Debilitaste el cuerpo con ayunos y viglias?

*Genio.* Déjalo, por favor. Todo eso es inútil; no te esfuerces en vano con éste.

*Pedro.* Yo no conozco otras cualidades de un pontífice ilustre. Si éste tiene otras más apostólicas, que lo exponga él mismo.

*Julio.* Aunque es indigno que este Julio, a quien nadie ha podido vencer hasta el presente, ceda ahora ante Pedro, un pescador casi mendigo, por no decir otra cosa; sin embargo, para que sepas con qué clase de príncipe discutes, préstame un poco de atención. En primer lugar soy ligur, no judío como tú, con quien lamento tener en común el haber sido en alguna ocasión marinero.

*Genio.* No se trata de algo duro de llevar, puesto que también en este caso hay mucha diferencia, ya que éste pescaba para buscarse el sustento; tú en cambio por un poco de dinero frotabas el escámo con los remos.

*Julio.* Después, de Sixto, pontífice verdaderamente máximo...

*Genio.* Pasa a opinar de los vicios.

*Julio.* ...soy sobrino por parte de hermana. Con la ayuda de su especial favor y de mi propia habilidad me he elevado en primer lugar a las riquezas eclesiásticas, después a la cumbre del cardenalato; luego, adiestrado por muchos embates de la fortuna, arrojado de un lado para otro por durísimos trances y dejando aparte otras enfermedades, sometido también a la epilepsia; para terminar enteramente recubierto también de ese morbo llamado gálico; además exiliado, detestado, condenado, rechazado y casi abandonado por todos. Sin embargo nunca abandoné la esperanza de acceder al sumo pontificado. Tal era mi fuerza de ánimo, mientras que tú, amedrentado por la voz de una insignificante mujer, te echas al punto para atrás. A ti una mujer te priva del ánimo; a mí me inspiró esa confianza una mujer adivina o vidente que, cuando estaba sepultado por tantas desgracias, me susurró furtivamente al oído: «Persevera, Julio, no te arrepientas de lo que haces o sufres. Un día serás coronado con la triple corona. Serás rey de reyes y señor de los que reinan». Y no me engañó mi esperanza ni su vaticinio. Hasta aquí también me he abierto paso en contra de lo que todos esperaban, en parte con la ayuda de los franceses, que apoyaron al proscrito; en parte con la fuerza inestimable del dinero, reunida no sin un elevado interés; y ello sin embargo no sin ingenio...

*Pedro.* ¿De qué ingenio me hablas?

*Julio.* ...es decir, no sin beneficios sacerdotales prometidos según lo pactado y con garantes apuntados para todo ello según todos los requisitos, puesto que tan enorme cantidad de dinero ni siquiera el mismo Craso la habría podido contar toda presente. Pero en vano te refiero estas cosas, que ni siquiera todos los banqueros son capaces de entender. Ahí tienes cómo he llegado. Una vez en el pontificado actué de tal manera que no hay nadie, no digamos ya de aquellos primeros pontífices, que me parece que sólo lo fueron de nombre, sino incluso de los más recientes, a quien la Iglesia y el mismo Cristo deban tanto como a mí.

*Genio.* ¡Hay que ver cómo se fanfarronea la bestia!

*Pedro.* Espero el desenlace de todo esto.

*Julio.* Efectivamente. Incrementé la hacienda pontificia en medida no mediana con una multitud de nuevos «oficios», pues así los llaman. Después encontré el procedimiento para que se pudieran adquirir los obispados sin el vicio de simonía. Es sabido que mis antecesores habían establecido que todo aquel que accediera al episcopado debía renunciar a su oficio. Yo lo interpreté de la siguiente manera: «Se te ordena renunciar; pero no se renuncia a lo que no tienes; así pues se ha de comprar lo que renuncias». Con esta argucia cada obispado proporcionaba al punto seis o siete mil ducados, además de los que se arrancaban habitualmente por medio de las bulas.

Luego, con la nueva moneda con que inundé toda Italia obtuve una ganancia no pequeña. Y en lo relativo a acumular dinero no cesé en punto alguno, sabiendo muy bien que sin él nada se puede llevar a cabo, ni sagrado ni profano. Y para venir a lo más grande, devolví Bolonia —que estaba ocupada por los Bentivoglio— a la sede romana. Aplasté en la guerra a los venecianos, que hasta entonces habían permanecido invictos ante todos. Al Duque de Ferrara, maltratado durante mucho tiempo por la guerra, lo atraje poco más o menos a una trampa. Eludí felizmente el concilio cismático mediante la ficción de un concilio alternativo y saqué un clavo —como suele decirse— con otro clavo. Finalmente, expulsé de todas partes de Italia a los franceses, a la sazón temibles a todo el mundo; y habría expulsado también a los españoles, pues ésa era mi intención, si los hados no me hubieran hecho desaparecer de la tierra. Y mira aquí también de qué ánimo tan invencible di prueba. Ante la superioridad de los franceses comencé a buscar una escapatoria. Llevaba una barba cana, con las cosas casi en una situación desespera-

da, cuando de repente un mensajero resplandeciente anuncia que en Rávena han sido aniquilados varios miles de franceses. Entonces resucitó Julio. Añade que durante tres días se me dio casi por muerto y ésa era también mi opinión. Mas hete aquí que de nuevo, contra las esperanzas de todos y de mí mismo, volví a la vida.

En conclusión: hasta tal punto llega mi autoridad o mi astucia que no existe hoy ningún rey cristiano al cual no haya lanzado a la guerra, rotos, quebrados, desgarrados todos los pactos con los que se habían unido entre sí hasta el mínimo detalle. Incluso el pacto más reciente que sellé en Cambrai con el rey y el emperador más otros príncipes, ha quedado tan abolido que nunca más se ha vuelto a hacer ni siquiera mención de él. Además, aunque he mantenido tan numeroso ejército, celebrado triunfos tan espléndidos, organizado tantos juegos, edificado en tantos lugares, sin embargo he dejado al morir cinco millones de escudos y habría llevado a cabo empresas aún mayores si ese médico judío que con su arte me prolongó la vida largo tiempo hubiera podido retrasar la muerte todavía más. ¡Ojalá que algún mago me devuelva ahora también la vida para que se me permita poner el colofón a las egregias empresas que he empezado! Pero ya me ocupé con todo mi celo al morir de que no se compusieran las guerras que había suscitado a lo largo del ancho mundo y he procurado que el dinero destinado a ese uso permaneciera intacto. Ésas fueron mis últimas palabras en el momento de exhalar el ánimo. ¿Y te niegas ahora a abrir las puertas del cielo a un pontífice tan meritorio ante Cristo y la Iglesia? Esto no dejará de sorprender todavía más a quien sopesa que yo he realizado todas esas cosas con el solo vigor de mi ánimo, sin ese tipo de ayudas de las que los demás suelen por lo general valerse: ni familiares, puesto que no conocí a mi padre, lo cual ciertamente mencionaría como un añadido a mi gloria; ni de belleza, pues todos temían mi faz espectral; ni de estudios, pues nunca toqué las letras; ni de fuerzas del cuerpo, que me tocó en suerte cual antes lo describí; ni del favor de la edad, pues hice estas cosas ya viejo; ni de la popularidad, pues todo el mundo me detestaba; ni tampoco de la clemencia, pues fui tan inflexible que me inflamaba incluso contra aquellos a quienes los demás suelen permitir todo...

*Pedro.* ¿Qué es esto?

*Genio.* Aunque parece duro, es algo blando.

*Julio.* ...incluso en contra de la fortuna, de la edad, del cuerpo; en una palabra: en contra de los dioses y de los hombres, confiado únicamente en mi ánimo y en el dinero, he realizado todas esas cosas en pocos años, dejando además tanta materia a mis sucesores que tienen trabajo para diez años. Esto es lo que he querido decir de mí mismo, con toda veracidad, pero modestísimamente, pues si lo hubiera adornado con sus ornamentos alguno de los que suelen hablar en Roma a mi alrededor, habrías oído hablar no de un hombre, sino de un dios.

*Pedro.* Invictísimo guerrero, puesto que todo lo que cuentas resulta para mí nuevo e inaudito, te ruego des venia a mi estupor e inexperiencia, de suerte que no te resulte molesto responder a mis rudas preguntas sobre cada punto. ¿Quiénes son estos deslumbrantes melenudos?

*Julio.* Los mantenía por gusto.

*Pedro.* ¿Y estos negros llenos de cicatrices?

*Julio.* Son soldados y capitanes que afrontaron valientemente la muerte en combate en pro de mi causa y la de la Iglesia, algunos en la toma de Bolonia, muchos en la lucha contra los venecianos, la mayor parte en Rávena. A todos ellos se les debe el cielo de acuerdo con lo estipulado, puesto que desde hace tiempo he prometido con solemnes bulas que irían volando directamente al cielo todos aquellos que combatieran bajo el mando de Julio, fuera cual fuera su vida anterior.

*Pedro.* Así pues, por lo que alcanzo a conjeturar, de ellos formaban parte los que me molestaban una y otra vez antes de tu llegada, intentando irrumpir aquí no sólo por la fuerza, sino ostentando además algunas bulas de plomo.

*Julio.* ¿No los admitiste entonces, por lo que oigo?

*Pedro.* ¿Yo? Ni a uno solo de esa ralea, pues Cristo me enseñó que estas puertas no debían ser abiertas a quienes traen hasta aquí pesadas bulas de plomo, sino a aquellos que vistieron a los desnudos, dieron de comer a los que tenían hambre, dieron de beber a los sedientos, visitaron a los cautivos, dieron morada a los peregrinos. Si quiso también que fueran excluidos quienes profetizaran en su nombre, expulsaran demonios e hicieran señales, ¿crees tú que se ha de admitir a quienes no traen otra cosa que una bula con el nombre de Julio?

*Julio.* ¡Si lo hubiera sabido!

*Pedro.* ¿He de entender que me habrías declarado la guerra si alguno hubiera vuelto del infierno a comunicarte esas cosas?

*Julio.* Y hasta te habría excomulgado.

*Pedro.* Pero continúa. ¿Por qué vas armado?

*Julio.* Como si no supieras que el Sumo pontífice detenta las dos espadas, a no ser que quieras luchar desnudo.

*Pedro.* Yo, la verdad, cuando ocupé tu lugar, no conocí otra espada que la del espíritu, que es la palabra de Dios.

*Julio.* Pero no dice lo mismo Malco, cuya oreja cortaste, por lo que veo, sin espada.

*Pedro.* Me acuerdo y lo reconozco; pero entonces luchaba por Cristo, el Maestro, no por mí; por la vida del Señor, no por dinero o por un poder secular. Y luchaba cuando todavía no era pontífice; cuando las llaves me habían sido prometidas, pero aún no las había recibido, ni había recibido el espíritu santo. Y sin embargo se me ordenó envainar la espada, en abierta advertencia de que esa clase de lucha no conviene a los sacerdotes e incluso ni siquiera a los cristianos. Pero de esto en otra ocasión. Dime ahora: ¿por qué pregonas con tanta insistencia que eres ligur, como si tuviera algo que ver con el vicario de Cristo de qué país es oriundo?

*Julio.* Yo, por el contrario, considero máxima expresión de religiosidad pregonar mi país. Por eso ordeno inscribir ese título en todas las monedas, estatuas, arcos y muros.

*Pedro.* ¿Conoce, por tanto, la patria quien no conoció a su padre? Sin embargo yo pensaba al principio que hablabas de la Jerusalén celeste, la patria de los creyentes, y de su único príncipe, cuyo nombre desean ellos santificar, es decir, glorificar. Pero ¿por qué añades «sobrino de Sixto por parte de hermana»? No deja de sorprenderme que ese hombre nunca haya venido aquí, especialmente si fue sumo pontífice y pariente de un general tan ilustre como tú. Dime pues, por favor: ¿qué clase de hombre fue?, ¿acaso sacerdote?

*Julio.* Un egregio soldado, ciertamente; y además de eximia religión, concretamente franciscana.

*Pedro.* Vi, en efecto, hace tiempo a Francisco, varón óptimo entre los laicos, despreciador sumo de las riquezas, del placer, de la ambición. ¿Acaso el pobrecillo tiene ahora tales sátrapas?

*Julio.* Por lo que veo tú no quieres que nadie mejore. También era pobre Benito y sin embargo sus sucesores son tan ricos que incluso nosotros les envidiamos.

*Pedro.* ¡Perfecto! Pero vuelve a nuestro asunto: sobrino de Sixto.

*Julio.* Lo hago a propósito, para cerrar la boca a quienes afirman demasiado alegremente que fue mi padre.

*Pedro.* Alegremente, por supuesto. Pero ¿acaso también justamente?

*Julio.* Con todo, eso no casa con la dignidad pontificia, de la que hay que tener consideración siempre.

*Pedro.* Sin embargo, me parece que ella misma tendrá a fin de cuentas justa consideración de sí, si nada admite que se le pueda echar en cara legítimamente. Pero por la majestad pontificia, dime sinceramente si la que me has descrito hace poco es ya la vía usual y solemne de acceder al sumo pontificado.

*Julio.* Desde hace algunos siglos no ha habido otra, a no ser que resulte que mi sucesor sea elegido por otro procedimiento, pues yo mismo, nada más llegar al sumo pontificado, promulgué una temible bula en la que procuraba que nadie accediera a ese honor por semejante vía. Y poco antes de morir renové dicha bula. Hasta qué punto será válida, dependerá de los demás.

*Pedro.* Me parece que nadie hubiera podido describir el mal mejor, pero me sorprende que pueda encontrarse a alguien dispuesto a asumir ese cargo, sobre todo cuando está —por lo que oigo— abrumado con tantas ocupaciones y haya que luchar por él con tanto afán. Cuando yo era pontífice apenas a la fuerza podía obligarse a alguien a que asumiera el honor del sacerdocio o diaconado.

*Julio.* No es tan sorprendente, puesto que en aquellos tiempos la hacienda y recompensa de los obispos no era otra que trabajos, vigiliias, ayunos, doctrina y muchas veces la muerte. Ahora en cambio es el reino y la tiranía. Y ¿quién no está dispuesto a pelear por el reino si tiene alguna esperanza de conseguirlo?

*Pedro.* ¡Bien! y ¿qué me dices de Bolonia? ¿Acaso se había apartado de la fe, para que hubiera que devolverla a la sede romana?

*Julio.* ¡Bonitas palabras! No era ésa la cuestión.

*Pedro.* Quizá el estado languidecía con la mala administración de los Bentivoglio.

*Julio.* Al contrario. Estaba en su máximo esplendor, con la ciudad engrandecida y embellecida con muchos nuevos edificios. Por eso la deseaba con más fuerza aún.

*Pedro.* Lo entiendo. Había sido ocupada, pues, contra derecho.

*Julio.* Tampoco. La posesión respondía a lo acordado.

*Pedro.* Entonces, ¿no aceptaban los ciudadanos a su príncipe?

*Julio.* Muy al contrario. Lo defendían con uñas y dientes, mientras que a mí todos me rechazaban.

*Pedro.* ¿Cuál fue entonces la causa?

*Julio.* Concretamente, que él se las ingeniaba de manera que de la inmensa suma que recaudaba de los ciudadanos, apenas unos pocos miles llegaban a nuestro fisco. Además, era conveniente para lo que en aquel tiempo agitaba yo en mi ánimo. Así, con la ayuda de los franceses y aterrorizados algunos con mi rayo, hundí a Bentivoglio e impuse a la ciudad cardenales y obispos de suerte que ni una sola parte de los beneficios dejara de encaminarse a las necesidades de la Iglesia romana. Además, el título y la dignidad del poder parecían estar antes en sus manos. Ahora se ven por doquier nuestras estatuas, se leen nuestros títulos, se adoran nuestros trofeos y ya se yergue por todas partes Julio en piedra y bronce. Finalmente, si hubieras visto con qué triunfo real hice la entrada en Bolonia, quizá despreciarías todos los triunfos de los Octavianos y Escipiones y comprenderías que no fue sin razón que combatí con tanto ahínco por Bolonia. Habrías visto de verdad en aquel momento la Iglesia militante y triunfante.

*Pedro.* Por tanto, durante tu reinado, a lo que veo, aconteció aquello que Cristo nos había mandado pedir: «Venga a nosotros tu reino». Pero ¿qué habían hecho los venecianos?

*Julio.* En primer lugar grecizaban y me tomaban casi a broma, lanzando contra mí una buena sarta de insultos.

*Pedro.* ¿Verdaderos o falsos?

*Julio.* ¿Y qué importa eso? Es sacrilegio murmurar del Romano Pontífice, excepto para alabanza. Para terminar, conferían los sacerdocios a su antojo; no permitían que se transfiriera aquí ningún pleito; no compraban dispensas. ¿Hay necesidad de más? Con ese daño intolerable arruinaban la sede romana, además de ocupar una parte no exigua de tu patrimonio.

*Pedro.* ¿De mi patrimonio? ¿De qué patrimonio me hablas, por amor de Dios, si yo abandoné todas las cosas para seguir pobre a Cristo desnudo?

*Julio.* Me refiero a unas cuantas ciudades debidas a la sede romana, pues así plugo a los santísimos padres denominar esa parte peculiar de sus posesiones.

*Pedro.* Miráis muy bien por vuestros lucros a costa ciertamente de mi fama. ¿A eso llamas, pues, un daño intolerable?

*Julio.* ¿A qué si no?

*Pedro.* Pero ¿estaban corrompidas las costumbres? ¿Se apagaba la religión?

*Julio.* Aparta; te preocupas por tonterías. Por el contrario, se nos sustraían infinitos miles de ducados, suficientes para mantener una legión de soldados.

*Pedro.* Un gran daño ciertamente para un usurero. Pero el de Ferrara, ¿por qué se había señalado?

*Julio.* ¿Qué había hecho ese individuo, el más desagradecido de todos los hombres? El vicario de Cristo Alejandro le había hecho el honor de darle por mujer a su segunda hija; añadió en concepto de dote una esplendísimas autoridad para un hombre por lo demás cobarde. Sin embargo, olvidándose de tanta muestra de humanidad, no dejaba de ladrar contra mí, llamándome constantemente simoníaco, pederasta y loco. Y por si fuera poco reclamaba algunos impuestos, no de los más importantes, pero en todo caso no despreciables para un pastor diligente.

*Genio.* Más bien para un comerciante.

*Julio.* Además, y ello tenía mucho más que ver con el asunto, resultaba, por su ventajosa situación, conveniente para lo que yo venía preparando que su territorio se uniera a nuestro dominio. Por eso traté de conferir ese dominio, una vez depuesto el duque, a mi pariente, un hombre aguerrido y dispuesto a cualquier cosa por la dignidad de la Iglesia, como que recientemente ha atravesado por mí con su propia mano al cardenal de Pavía. El marido de mi hija está, ciertamente, contento con su suerte.

*Pedro.* ¿Qué oigo? ¿Tienen mujeres e hijos los sumos pontífices?

*Julio.* Mujeres tuyas ciertamente no tienen. Ahora bien, ¿qué de extraño hay en que tengan hijos, puesto que son hombres, no eunucos?

*Pedro.* Y ¿qué circunstancia había puesto en movimiento ese conciliábulo cismático?

*Julio.* Sería muy largo contar el asunto desde el principio. Lo referiré, pues, brevemente. Algunos empezaban ya a estar asqueados de la curia romana. Iban pregonando que todo estaba manchado por doquier con ganancias vergonzosas, con placeres desorbitados y nefandos, con envenenamientos, con sacrilegios, asesinatos y tráfico simoníaco. A mí mismo me llamaban simoníaco, borracho, puerco, hinchado de espíritu mundano y de todas las maneras que era posible llamar a quien como yo ocupaba aquel puesto sin merecerlo, con gravísimo daño de la comunidad cristiana. Por tanto había que recurrir, en una situación tan desesperada, a un concilio general. Añadían que yo había jurado que, una vez asumido el cargo, convocaría un concilio general en el plazo de dos años y que con esa condición había sido elegido pontífice.

*Pedro.* ¿Es cierto eso?

*Julio.* Por supuesto que sí, pero yo mismo me absolví, cuando me pareció, de ese juramento. ¿Quién duda, en efecto, en jurar lo que sea cuando está en juego el reino? En las demás cosas hay que practicar la piedad, como elegantemente dijo aquel otro Julio,



mi doble. Pero fíjate en la audacia de los hombres, mira hasta dónde son capaces de llegar. Hacen defección nueve cardenales, me anuncian el concilio, me invitan y piden que lo presida. Como no lo consiguen, hacen un llamamiento universal en nombre de Maximiliano (como emperador, puesto que las historias atestiguan que antaño el concilio solía ser convocado por los emperadores romanos), y en nombre también del rey Luis de Francia, el duodécimo de su nombre —me horrorizo al contarlos—, y se esfuerzan por desgarrar esa túnica inconsútil de Cristo que dejaron entera incluso los que le crucificaron.

*Pedro.* Pero ¿eras tal como ellos pregonaban?

*Julio.* ¿Y eso qué tiene que ver? Yo era el sumo pontífice. Imagínate incluso que soy más malvado que los cércopes, o más tonto que Morico, más ignorante incluso que un tarugo, más inmundo que la hidra de Lerna; el que detenta esta llave del poder conviene que sea reverenciado como vicario de Cristo, que sea venerado como santísimo.

*Pedro.* ¿Aunque seas manifiestamente malo?

*Julio.* Aunque tal cosa sea manifestísima. Por eso no se debe tolerar que quien hace las veces de Dios en la tierra, quien verdaderamente se señala como un dios entre los hombres, sea censurado por algún hombrecillo o su dignidad violada con improperios.

*Pedro.* Con todo, el sentido común clama en contra de que debamos pensar bien de aquel a quien vemos abiertamente criminal o de que hablemos bien de quien pensamos mal.

*Julio.* Que cada uno piense lo que quiera con tal de que hable bien o al menos guarde silencio. Ahora bien, el romano pontífice no puede ser censurado, ni siquiera por un concilio general.

*Pedro.* Yo sólo sé una cosa: quien hace las veces de Cristo en la tierra debe ser lo más semejante posible a él y conducir toda su vida de manera que no se le pueda censurar nada ni nadie pueda hablar mal de él con razón. Pero mal está la cosa con los pontífices si para que los hombres hablen bien de ellos deben recurrir a amenazas en lugar de solicitarlo con sus buenas acciones. A éstos no les puedes alabar más que mintiendo y su gloria suprema es el silencio forzado de quienes piensan mal de ellos. Pero respóndeme: ¿un pontífice criminal y pernicioso no puede ser destituido por ninguna razón?

*Julio.* Es ridículo. ¿Por quién sería destituido si él es el sumo?

*Pedro.* Pero por eso mismo debería ser máximamente destituido, porque es sumo, ya que cuanto mayor, tanto más nocivo resulta. Si las leyes temporales no sólo deponen al emperador que administra mal el Estado, sino que incluso le imponen la pena capital, ¿cuál, pues, es la condición tan miserable de la Iglesia que se ve obligada a soportar un pontífice romano que lo subvierte todo y no puede dejar de ninguna manera este azote público?

*Julio.* En todo caso, si cabe corregir al romano pontífice, conviene que lo sea por un concilio. Ahora bien, ningún concilio puede reunirse contra la voluntad del pontífice, puesto que en ese caso es un conciliábulo, no un concilio. Pero en el caso de que se reúna, no puede establecerse nada si cuenta con la oposición del pontífice. Queda finalmente un recurso extremo, la potestad absoluta, por la que un pontífice es superior con mucho a un concilio universal. Por lo demás, no puede ser apartado del sacerdocio por ningún delito.

*Pedro.* ¿Ni por homicidio?

*Julio.* Ni por parricidio.

*Pedro.* ¿Ni por fornicación?

*Julio.* ¡Bonitas palabras! Ni siquiera por incesto.

*Pedro.* ¿Tampoco por impiedad simoníaca?

*Julio.* Ni aun en el caso de mil delitos de ese tipo.

*Pedro.* ¿Tampoco por envenenamiento?

*Julio.* Ni en el caso de sacrilegio.

*Pedro.* ¿Tampoco por blasfemia?

*Julio.* Te digo que no.

*Pedro.* ¿Ni por todas esas cosas a la vez, juntas en una especie de monstruo lerneo?

*Julio.* Añade, si quieres, los nombres de mil vicios peores incluso que éstos; no podrá, sin embargo, ser depuesto de su cargo el pontífice romano por ellos.

*Pedro.* Hablas de una dignidad del pontífice romano que me resulta nueva, si en verdad a él sólo le está permitido ser pésimo impunemente; más aún: de una nueva desgracia de la Iglesia, si por ninguna vía puede apartar tal monstruo y se ve obligada a adorar a un pontífice de tal índole que nadie la permitiría en un posadero.

*Julio.* Algunos dicen que se puede ser depuesto tan sólo por una cosa.

*Pedro.* ¿Por qué buena acción, por Dios, si no puede serlo por sus delitos ni por las cosas que dije?

*Julio.* Por el delito de herejía. Pero sólo en el caso de que quede públicamente convicto. Ahora bien, eso es también algo carente de importancia y no hace el mínimo daño a la majestad del pontífice. En primer lugar, está en su mano abolir la ley, si no le gusta. Después, ¿quién se ha atrevido a acusar al romano pontífice, sobre todo cuando está armado con tantas fuerzas? Además, en el caso de que se vea apremiado por un concilio, es fácil la palinodia si no puede negarse. Finalmente, hay mil salidas por las que puede escurrirse sin dificultad si es un hombre y no un tarugo completo.

*Pedro.* Pero, en nombre de la potestad pontificia, dime: ¿quién estableció estas leyes tan insignes?

*Julio.* ¿Quién sino la fuente de todas las leyes, el romano pontífice? A él corresponde, ciertamente, abolir la ley, interpretarla, ampliarla, restringirla, en la medida en que le parezca conveniente a sus intereses.

*Pedro.* Dichoso pontífice, en verdad, si puede establecer una ley por la que eluda no ya al concilio, sino incluso al mismo Cristo. Aunque contra un pontífice como el que tú acabas de describir (notorio criminal, borracho, homicida, simoníaco, envenenador, perjurado, rapaz, manchado con toda clase de monstruosos placeres, y además a la vista de todo el mundo) no tanto hay que desear un concilio universal como que la plebe armada con piedras lo quite de en medio, por el bien general, como una peste pública. Pero, ea, dime: ¿cuál es la causa por la que, aun siendo el romano pontífice, tienes tanto miedo a un concilio general?

*Julio.* ¿Por qué no tratas de saber lo mismo de los monarcas, esto es, por qué aborrecen el senado y las famosas asambleas? Evidentemente porque con una multitud de hombres tan excelentes queda algo empañada la dignidad real: los que son doctos reciben confianza y audacia de las letras; los buenos, apoyados en su buena conciencia, hablan con más libertad de la que nos conviene; los que tienen una dignidad se sirven de su autoridad. Añade a todo ello algunos otros que tienen envidia de nuestra gloria y albergan el propósito de disminuir las riquezas y la autoridad del pontífice. Finalmente, no asiste nadie que, bajo el pretexto del concilio, no se sienta autorizado a algo contra el pontífice, que de otra manera sería ciertamente invencible. Por eso, apenas un solo concilio terminó tan bien que el sumo pontífice no sintiera algún menoscabo de su majestad y no saliera del mismo menos sumo. Tú mismo puedes ser incluso testigo de ello, a no ser que lo hayas olvidado por completo; pues aunque en aquel tiempo se trataba de asuntos insignificantes y no de bienes imperiales y reales como ahora, sin embargo Santiago se atrevió a añadir algo de su propia cosecha a tu discurso y como tú liberaras por completo a los gentiles de la carga de la ley mosaica, Santiago subió al estrado y exceptuó la fornicación, el derramamiento de sangre y el sacrificio a los ídolos, rectificando

tu opinión de manera que hay hoy quienes piensan, impresionados por este hecho, que la autoridad del sumo pontífice era suya y no tuya.

*Pedro.* Así pues, ¿estimas que lo único que hay que tener en consideración es que queden a salvo la regia majestad del sumo pontífice y no más bien la utilidad general de la comunidad cristiana?

*Julio.* Cada uno atiende a su propio interés; nosotros nos ocupamos de nuestros asuntos.

*Pedro.* Pero si Cristo hubiera hecho lo mismo, ya no existiría la Iglesia, de la que te jactas de ser monarca, y no veo la conveniencia de que quien estima ser llamado vicario de Cristo persiga objetivos diferentes de los de Cristo. Pero cuéntame cómo te libraste del concilio ese que tú llamas cismático.

*Julio.* Te lo diré a ver si puedes seguirlo. En primer lugar, al emperador Maximiliano (así lo llaman), que era de todos los implicados el menos difícil, aunque había convocado el concilio por medio de mensajeros solemnes, lo aparté sin embargo del proyecto por procedimientos que no pueden ser revelados. Además, persuadí con modos similares a algunos cardenales a que lo que habían afirmado ya en declaraciones públicas lo negaran de nuevo mediante notarios y testigos.

*Pedro.* ¿Es éste un procedimiento lícito?

*Julio.* ¿Por qué no va a ser lícito si lo aprueba el sumo pontífice?

*Pedro.* ¿Qué dices? Entonces, si quiere, no se ha de jurar el juramento, de forma que libera de cualquier cosa a los que quiere arbitrariamente.

*Julio.* Si te voy a ser sincero, era ciertamente algo un poco más feo de lo habitual, pero no quedaba otra vía más expedita. Después, como veía que iba a ocurrir que algunos por envidia me instarían al concilio, especialmente porque estaba convocado de tal manera que yo no quedaba excluido, sino que se me rogaba, se me invitaba y suplicaba que lo presidiera, fijate qué estratagema encontré siguiendo el ejemplo de mis antecesores. Yo mismo por mi parte llamé al concilio, pretextando que ni el momento ni el lugar elegidos por ellos eran lo suficientemente idóneos. Convoqué el concilio inmediatamente, en Roma, adonde pensaba que no acudiría nadie que no fuera amigo de Julio o al menos que no estuviera dispuesto a transigir —así, en efecto, se lo había dado a entender con muchos ejemplos— y sin interrupción nombré a este fin muchos cardenales apropiados a mis planes.

*Genio.* Es decir, facinerosísimos.

*Julio.* Además, si no hubiera convocado ese concilio, no habría habido concilio. Y sin embargo no resultaba conveniente en modo alguno para mis intereses que confluyera aquí una multitud tan grande de obispos y abades, entre los cuales era imposible que algunos no fueran honrados y piadosos. Así que advertí que ahorraran gastos y las distintas regiones enviaran tan sólo a uno u otro delegado. Después, como ni siquiera esto me pareciera bastante seguro y unos pocos de tantas provincias terminarían haciendo un gran número, notifiqué de nuevo a los que ya están dispuestos a ponerse en marcha que no vinieran; pospuse el concilio para otro momento, inventándome para ello razones en cualquier caso probables. Excluidos todos con estas argucias y adelantando el día que yo mismo había fijado, empecé el concilio en Roma con aquellos exclusivamente que había preparado para tal fin. Y aunque entre ellos habría quienes no estuvieran de acuerdo conmigo, sin embargo estaba seguro de que nadie se opondría a Julio, tan superior en armas y guardia. De esta manera provoqué ya una enorme hostilidad contra aquel concilio galicano, despachadas cartas en todas direcciones en las que hacía mención de nuestro sacrosanto concilio y execraba el de los otros, denominándolo frecuentemente conventículo de Satanás, conciliábulo del diablo, conspiración cismática.

*Pedro.* Debían ser criminalísimos los cardenales promotores y cabecillas de aquel concilio.

*Julio.* No es de las costumbres de lo que me quejo. No obstante, la cabeza de todo el asunto fue el cardenal de Rouen, que no sé en virtud de qué santidad siempre atendía a volver a la Iglesia más pura; y eso lo hizo en varios lugares. La muerte lo arrebató, causándome una gran alegría. Le sucedió el cardenal de Santa Cruz, un español, de vida ciertamente intachable, pero rígido, viejo y teólogo; el tipo de hombres que suele ser casi siempre enemigo de los pontífices romanos.

*Pedro.* Pero ¿un teólogo no disponía de ningún argumento con el que revestir de una cierta plausibilidad su empresa?

*Julio.* Tenía muchísimos, pues decía que nunca habían corrido tiempos más agitados que aquéllos; que la Iglesia nunca había padecido enfermedades más intolerables y que por tanto había que poner remedio mediante un concilio universal; que cuando fui elegido sumo pontífice, yo había sido obligado a jurar que en el segundo año desde el inicio de mi pontificado convocaría un concilio, y obligado además de tal manera que no pudiera prescindir de la asamblea de los cardenales; que más tarde yo había sido advertido con gran frecuencia por mis hermanos cardenales, rogado, interpelado por los príncipes, cualquier cosa antes que prestar oídos al asunto, de forma que estaba completamente claro que mientras viviera Julio no habría nunca concilio. Aducían ejemplos de concilios anteriores; aducían algunas leyes pontificias, con todo lo cual mostraban que yo, al rechazar junto con mis partidarios el concilio, les había devuelto a ellos el derecho de convocarlo; asimismo que con el beneplácito de los demás príncipes la obligación de convocar correspondía al emperador romano, que antaño era el único que convocaba, y al rey de Francia como segundo.

*Pedro.* ¿Acaso, pues, escribían en contra tuya cosas nefandas?

*Julio.* Al contrario. Estos bribones sabían más de lo que yo quería. Trataban un asunto desagradabilísimo con una modestia admirable y no sólo no se moderaban en sus reproches, sino que nunca me nombraban excepto con títulos honoríficos, suplicando y pidiendo por lo más sagrado y venerable que, tal como era digno de mí y como había prometido con juramento, presidiera el concilio convocado y junto con ellos acometiera la tarea de sanar los males de la Iglesia. No puede decirse cuánta animadversión me granjeó esta moderación suya, sobre todo porque basaban todas sus afirmaciones en las Sagradas Escrituras, pues parece que algunos eruditos estaban aplicados a esa tarea. Añadían además ayunos, oraciones, una admirable frugalidad en su vida, para presionarme todavía más con la fama de santidad.

*Pedro.* Tú, por el contrario ¿con qué título habías convocado el concilio?

*Julio.* Con un título esplendidísimo: mostraba que mi propósito era en primer lugar corregir la cabeza de la Iglesia, es decir, a mí mismo, luego a los príncipes cristianos y finalmente a todo el pueblo.

*Pedro.* Asisto a una bella comedia, pero aguardo ya el desenlace. Quisiera oír lo que establecieron aquellos teólogos en el conciliábulo de Satanás.

*Julio.* Cosas indignas, abominables; mi ánimo se resiste a recordarlo.

*Pedro.* ¿Tan nefandas en verdad?

*Julio.* Completamente impías, sacrílegas, más que heréticas, de suerte que si no me hubiera enfrentado a ellas con uñas y dientes, a la vez que con las armas y con el ingenio, estaba perdida la dignidad de la Iglesia cristiana.

*Pedro.* Aguardo tanto más conocer cuáles eran.

*Julio.* ¡Ah, me horroriza contarlos! Los criminales perseguían devolver la Iglesia —a la sazón floreciente con tantas riquezas y con tanto dominio— a aquella antigua condición ínfima y frugalidad miserable, de suerte que los cardenales, que ahora superan a

cualesquiera tiranos por el estrépito de su vida, se redujeran a la pobreza; los obispos vieran mucho más sobriamente y mantuvieran menos acólitos, menos caballos. Decretaron que los cardenales no acumularan por doquier obispados, abadías, sacerdocios. Para que nadie asumiera más de un obispado, pensaban que aquellos que acumulan por toda clase de medios, lícitos e ilícitos según decían, seiscientos sacerdocios si pueden, fueran obligados a contentarse con los ingresos que resultan suficientes a un sacerdote frugal; asimismo que nadie fuera nombrado sumo pontífice, obispo o sacerdote por la intervención del dinero o por consideración a favores o sumisión vergonzosa, sino exclusivamente en atención a los méritos de su vida y que si estaba claro lo primero fuera excluido; que se permitiera deponer del cargo a un romano pontífice manifiestamente facineroso; que los obispos libertinos y borrachos fueran privados del gobierno; que los sacerdotes manifiestamente facinerosos no sólo fueran excluidos del sacerdocio, sino que se les amputara un miembro; y otras muchas cosas del mismo género, pues me desagradaba referir todo un conjunto de medidas que tendían enteramente a abrumarnos con la santidad y a despojarnos de las riquezas y del poder.

*Pedro.* ¿Qué se estableció, pues, contra todo ello en aquel sacrosanto concilio romano?

*Julio.* Me parece que ya has olvidado lo que dije de que con el pretexto del concilio yo no pretendía hacer otra cosa que sacar un clavo con otro clavo. La primera sesión se gastó en algunas ceremonias solemnes, recibidas en herencia con gran autoridad, que por su antigüedad todavía gusta observar siempre, aunque nada tengan que ver con el asunto: se celebraron dos ceremonias religiosas, una sobre la santa cruz, otra sobre el espíritu santo, bajo cuya inspiración tenía lugar el acontecimiento; a continuación se pronunció un discurso lleno de alabanzas a mi persona. En la segunda sesión lancé con toda mi fuerza el rayo contra aquellos cardenales cismáticos, proclamando más que impío, más que sacrilego, más que herético todo aquello que hubieran ya establecido o se dispusieran a establecer. En la tercera sesión aterricé con el mismo rayo a Francia trasladando de lugar las ferias de Lyon y exceptuando expresamente algunas partes de Francia para enajenar más al rey los ánimos del pueblo y suscitar alguna sedición en él. Y todas estas decisiones, promulgadas con bulas para que tuvieran más autoridad, las comuniqué de inmediato a todos los príncipes, especialmente a aquellos que veía más propensos a nuestro partido.

*Pedro.* ¿Nada más se hizo aparte de eso?

*Julio.* Se hizo lo que yo quería. Vencí, si nuestros decretos prevalecen. A los tres cardenales que persistieron en sus designios los privé de la dignidad cardenalicia en públicas ceremonias; conferí a otros las rentas de sus sacerdocios para que no se les pudieran restituir fácilmente; a ellos mismos los entregué a Satanás, aunque los entregaría de más buena gana a las llamas si cayeran en mis manos.

*Pedro.* Pero si es verdad lo que cuentas, los decretos de aquel conciliábulo cismático parecen bastante más santos que los de tu sacrosanto concilio, de donde veo que nada ha salido hasta ahora sino amenazas tiránicas, maldiciones y una mezcla de crueldad y astucia. Si Satanás fue el autor de aquel conciliábulo, parece estar más cerca de Cristo que ese espíritu, para mí desconocido, que dirigió vuestro concilio.

*Julio.* Mira muy bien lo que dices, pues en todas mis bulas he declarado malditos a todos los que favorezcan, sea de la manera que sea, al conciliábulo.

*Pedro.* ¡Miserable, cómo sigue recordando a aquel viejo Julio! Pero ¿cuál fue el resultado de este asunto?

*Julio.* Yo lo dejé en este punto. La fortuna verá en qué acaba todo.

*Pedro.* ¿Es verdad que el cisma continúa?

*Julio.* Continúa y peligrosísimo por cierto.

*Pedro.* Y tú, como vicario de Cristo, ¿preferiste el cisma a un verdadero concilio?

*Julio.* Y hasta trescientos cismas antes de aceptar que se me imponga un orden y se me obligue a rendir cuentas de toda mi vida.

*Pedro.* ¿Te das cuenta de lo que dices?

*Julio.* ¿Y eso a ti qué te importa?

*Pedro.* Entiendo. No convenía que fuera movida Camarina. Pero ¿cuál de las dos partes cantará victoria?

*Julio.* Eso está en manos de la fortuna, aunque nosotros tenemos más dinero. El rey de Francia está exhausto debido a las guerras tan prolongadas; el rey de Inglaterra tiene montañas de oro intactas todavía. Puedo vaticinar sin duda alguna lo siguiente: si vence el francés —cosa que detesto— se invertirán los nombres de las cosas: el concilio sacrosanto será conciliábulo de Satanás; yo mismo seré un ídolo de pontífice, no pontífice; el espíritu santo estará con ellos y nosotros habremos hecho todo con el espíritu de Satanás. Sin embargo tengo una enorme confianza en que el dinero que he dejado impedirá que eso ocurra.

*Pedro.* Pero ¿qué desgracia sobrevino finalmente a los franceses y a su rey, a quien nuestros mayores distinguieron con el título de cristianísimo?, sobre todo teniendo en cuenta que tú mismo confiesas que venciste, te elevaste a esta más que imperial corona y finalmente recibiste Bolonia y las demás ciudades y domaste a los hasta entonces invictos venecianos gracias a su ayuda. ¿Cómo puede borrarse el recuerdo de tantos y tan recientes méritos? ¿Cómo se pueden romper tantos pactos?

*Julio.* Explicar esta historia llevaría mucho tiempo. Sin embargo, para decirlo en pocas palabras, no hice nada nuevo, sino que comencé a poner de manifiesto entonces lo que ya antes había concebido en mi ánimo. Proclamé entonces lo que antes había disimulado por exigencia de las circunstancias: nunca quise a los franceses de verdad, esto estimátelo dicho por la Pitia; y ningún italiano quiere de verdad a los bárbaros, no más —¡por Hércules!— que el lobo a los corderos. Pero yo, que no sólo soy italiano, sino además genovés, me servía de ellos como amigos entretanto, mientras tenía necesidad de su ayuda, ya que hasta ese punto se puede usar de la ayuda de los bárbaros. Durante ese tiempo soporté muchas cosas, disimulé mucho, fingí mucho, finalmente hice y aguanté más de una cosa; pero cuando ya las cosas habían prácticamente llegado al lugar que yo quería, entonces sólo restó que actuara como el auténtico Julio y expulsara de Italia toda esa basura bárbara.

*Pedro.* ¿Qué clase de bestias son esos que tú llamas bárbaros?

*Julio.* Son hombres.

*Pedro.* Hombres, pues, ¿no cristianos?

*Julio.* También cristianos, pero ¿qué tiene eso que ver?

*Pedro.* ¿Cristianos, pues, sin duda, pero que viven como salvajes, sin leyes y sin cultura?

*Julio.* Al contrario, ellos sobresalen con mucho en estas cosas y sobre todo en riquezas, que es por lo que más les envidiamos.

*Pedro.* ¿Qué significa entonces la palabra «bárbaro»?; ¿qué murmuras?

*Genio.* Hablaré yo en su lugar. Los italianos, como se han formado y mezclado a partir de un caos de pueblos barbarísimos, igual que una sentina, aprendieron no obstante de los escritos de los gentiles la locura de llamar bárbaros a los nacidos fuera de Italia, el cual apelativo resulta entre ellos más denigrante que si dijeras parricida o sacrílego.

*Pedro.* Eso parece. Pero ya que Cristo ha muerto por todos los hombres y no hay en él acepción de personas; ya que te proclamas vicario de Cristo, ¿por qué no abrazas con

el mismo ánimo a todos los hombres, entre los cuales el mismo Cristo no hizo distinciones?

*Julio.* También abrazaré de buena gana a los indios, a los africanos, a los etíopes y a los griegos, con tal de que paguen y reconozcan al príncipe con impuestos. Pero a todos ellos hemos renunciado dignamente y en fecha reciente a los griegos, pues como hombres excesivamente obstinados no tendrían mucho reconocimiento a la majestad del romano pontífice.

*Pedro.* Por tanto ¿la sede romana es algo así como el granero de todo el orbe?

*Julio.* Y grande en efecto si cosechamos los bienes carnales de todas partes, puesto que en todas partes sembramos nuestros bienes espirituales.

*Pedro.* ¿De qué bienes espirituales me hablas? Hasta ahora no he oído más que maldades. ¿Acaso con la doctrina cristiana los llevas a Cristo?

*Julio.* Que otros arenguen si quieren. No se lo prohibimos con tal de que no digan nada en contra de nuestra majestad.

*Pedro.* ¿Por qué?

*Julio.* ¿Por qué? ¿Por qué se da a los reyes lo que exigen, sino porque todos reconocen que han recibido de ellos todo lo que poseen, aunque nada hayan recibido de ellos? Así, todo lo que es sagrado en algún modo ha de sernos atribuido a nosotros, aunque pasemos toda la vida en un profundo sueño. Por lo demás, concedemos generosísimamente indulgencias por una cantidad mínima; concedemos dispensa en asuntos de la máxima importancia por una cantidad no excesiva; bendecimos por doquier a todos los que nos salen al paso y además gratis.

*Pedro.* La verdad es que no entiendo nada de todo eso. Pero vuelve a lo que veníamos discutiendo: ¿por qué motivo aborrece tu santísima majestad a los bárbaros hasta tal punto que crees que para expulsarlos de Italia cabe confundir el cielo con la tierra?

*Julio.* Te lo diré: todo el linaje de los bárbaros es supersticioso y muy especialmente los franceses, pues con los españoles no nos avenimos muy mal, ya atiendas a la lengua o a las costumbres, aunque también quería verlos a ellos expulsados para poder actuar completamente a mi antojo.

*Pedro.* ¿Rinden culto a otros dioses además de a Cristo?

*Julio.* En absoluto. Rinden culto al mismo Cristo con excesiva ansiedad. Es sorprendente hasta qué punto hoy en día hombres estultísimos se mueven por algunos vocablos antiguos y obsoletos desde hace tiempo.

*Pedro.* ¿Vocablos mágicos, quizá?

*Julio.* Bromeas. Más bien por vocablos como simonía, blasfemia, sodomía, envenenamiento, sortilegio.

*Pedro.* ¡Bonitas palabras!

*Julio.* Igual que tú abominas ahora de ellas, lo mismo hacen ellos.

*Pedro.* Dejo aparte los nombres. Pero ¿están entre vosotros las cosas como no podría decir entre unos cristianos?

*Julio.* Tampoco los bárbaros carecen ciertamente de vicios, pero se las tienen que ver con otros distintos. Maldicen los nuestros y se halagan con los suyos; por el contrario nosotros nos halagamos con los nuestros y abominamos de los suyos. Nosotros pensamos que se ha de maldecir la ignominia y que se ha de evitar la pobreza por toda clase de medios lícitos e ilícitos; ellos estiman que apenas es cristiano gozar de las riquezas, incluso si se han conseguido sin fraude. Nosotros no nos atrevemos a nombrar la ebriedad (si bien en este punto no disiento de ellos tan enérgicamente, si se cumplen los otros requisitos); en cambio los alemanes la tienen por falta leve y algo más bien festivo que infame. Ellos condenan con todo rigor la usura, pero entre nosotros ninguna otra clase de hombres es tan necesaria para la Iglesia de Cristo. Ellos consideran el amor hacia el

mismo sexo algo tan sucio que piensan, con sólo oírlo nombrar, que se ha ensuciado el aire y el sol; nuestra opinión es muy distinta. Asimismo, un vocablo eliminado del mundo desde hace tiempo, como la simonía, ellos lo temen todavía como a un fantasma y conservan tenazmente las leyes ya anticuadas de los antepasados; nosotros contemplamos la cosa de otra manera. Y hay también otras muchas cosas en las que no coincidimos con los bárbaros. Por tanto, como somos tan diferentes en nuestra forma de vida, hemos de mantenerlos lejos de nuestros misterios, los cuales tendrán en mayor estima si permanecen en la ignorancia. En efecto, tan pronto como comprenden los arcanos de nuestra curia, los divulgan de inmediato y no sé por qué razón siempre están prestísimos a censurar los vicios; escriben a los suyos cartas llenas de injurias y claman por doquier que nosotros no somos la sede de Cristo, sino la sentina de Satanás; de mí discuten si habiendo accedido al pontificado de esa manera y viviendo como vivo, debo ser tenido por pontífice. De esta forma disminuyen la fama de nuestra santidad y al mismo tiempo nuestra autoridad ante los desconocidos, quienes con anterioridad nada habían oído de nosotros sino que hacíamos las veces de Cristo y teníamos un poder cercano y hasta igual al de Dios. Pero de todas estas cosas nace un daño intolerable a la Iglesia cristiana: vendemos menos dispensas a menor precio; disminuye la renta procedente de obispados, sacerdocios y abadías; el vulgo, si algo se le exige, lo da con más cicatería. En una palabra: por todas partes menos ganancia y tráficos más pobres; y finalmente nuestros rayos cada vez infunden menos miedo también. Por eso, si sus atrevimientos llegaran una sola vez al punto de decir que los decretos de un pontífice criminal no valen nada y despreciaran nuestros rayos y amenazas, nos moriríamos de hambre. En cambio, si se mantienen lejos (así es el ingenio de los bárbaros) nos venerarán más intensamente y nosotros gobernaremos a nuestro antojo por medio de cartas escritas cómodamente.

*Pedro.* No van muy bien las cosas entre vosotros si la autoridad apostólica depende de que se ignore vuestra vida, se ignoren vuestras artes. Nosotros no deseábamos otra cosa sino que todos supieran lo que hacíamos incluso en nuestras habitaciones; y la mayoría sólo éramos elegidos entonces, cuando se nos conocía de verdad. Pero explícame una cosa: ¿tan religiosos príncipes tiene ahora el mundo y tanta es su reverencia hacia los sacerdotes que todos ellos vienen a las armas a la menor seña de uno solo, y además de tal condición? En mis tiempos los sufríamos como enemigos hostilísimos.

*Julio.* En lo que a la vida se refiere, los príncipes cristianos no son en absoluto supersticiosos. Nos desprecian abiertamente y no nos conceden ningún valor, excepto que algunos de ellos, más débiles, tienen algún miedo de ese rayo terrorífico de la excomunión, pero tampoco ellos se impresionan de la misma manera por la cosa o el rumor de la misma. Hay quienes esperan o temen nuestras riquezas y por eso tienen alguna deferencia hacia nuestra autoridad; otros están convencidos de que alguna enorme desgracia se cierne sobre aquellos que entorpecen los manejos de cualquier sacerdote. Casi todos, como tienen una buena educación, conceden un valor a las ceremonias, sobre todo si nosotros los excitamos a ello, pues las ceremonias se dan al vulgo a modo de fábulas. Pero la cosa entretanto va en serio. Nosotros los revestimos con títulos espléndidos, aunque sean criminalísimos: a éste lo llamamos «católico», a aquél «serenísimo», a uno «ilustrísimo», a otro «augusto»; a todos los denominamos «dilectos hijos». Por su parte ellos nos llaman en sus cartas «santísimos padres» y a veces se rebajan a besarnos los pies; cuando el asunto no es muy importante ceden algo a nuestra autoridad, con lo que se ganan ante el vulgo la fama de piadosos. Nosotros les enviamos rosas consagradas, tiaras, espadas y confirmamos con las máximas bulas su dignidad; ellos por su parte nos envían caballería, soldados, dinero y hasta a veces muchachos. De esta manera, como suele decirse, los mulos se rascan mutuamente.



*Pedro.* Si son como dices, no entiendo todavía cómo puedes provocar a los más grandes reyes a las guerras más crueles y además a costa de la violación de tantos pactos.

*Julio.* Si eres capaz de comprender ahora lo que te voy a decir, captarás un ingenio más que apostólico.

*Pedro.* Me aplicaré con todas mis fuerzas.

*Julio.* Mi primer afán fue conocer perfectamente el ingenio, costumbres, afectos, riquezas e inclinaciones de todas las gentes y sobre todo de los príncipes: quién convenía con quién, quién tenía diferencias con quién. A continuación procuré servirme de todas esas cosas en mi propio interés. En un primer momento concité sin dificultad a los franceses contra los venecianos, ya que entre ellos existía una vieja y antigua discordia; sabía además que esa gente estaba deseosa de extender su imperio y los venecianos habían ocupado además algunas ciudades suyas. De esta manera combiné mi negocio con el suyo. Además, el emperador, aunque por otra parte no era muy amigo de los franceses, sin embargo como no tenía otra esperanza de conseguir de los venecianos lo que ellos ocupaban (tenían, en efecto, algunas ciudades de gran valor), dadas las circunstancias se metió en la guerra. Después, como no interesaba que los franceses crecieran excesivamente, puesto que el asunto había salido mejor de lo que quería, excité contra ellos en primer lugar al rey de España, un hombre de fe no precisamente diamantina, pero a quien convenía en cualquier caso sobremanera debilitar el poder de los franceses, por muchas razones, pero sobre todo para no verse privado de su dominio en Nápoles. Además, aunque no los apreciaba, fingí sin embargo perdonar a los venecianos para lanzarlos contra los franceses, exacerbados como estaban también por el dolor de la reciente derrota. Aparté asimismo de los franceses al emperador, a quien poco antes había unido con ellos, y lo hice en parte con dinero, que siempre tiene un efecto decisivo sobre un hombre necesitado, y en parte resucitando mediante cartas y legados su antiguo odio contra los franceses, con el que aquel hombre siempre estaba, sorprendentemente, enardecido a pesar de carecer de poder para vengarse. Sabía ya que los ingleses tenían auténtico odio a los franceses y a sus estrechísimos aliados los escoceses; conocía además que era una nación muy huraña y deseosa de guerra, sobre todo por la esperanza de botín; también algo supersticiosa por su enorme distancia de Roma; y finalmente en aquel tiempo, debido a la reciente libertad (que les había sobrevenido con la muerte de un rey severísimo), insolentes y levantiscos, de suerte que podían ser incitados fácilmente a cualquier locura, y eso era precisamente lo que yo más quería. Se añadía en favor de mis planes un rey completamente adolescente, incluso más bien un niño, que acababa de acceder al trono, de ingenio agudo y despierto, verdaderamente juvenil, esto es, inquieto y belicoso, ambicioso por algo más que por la edad y llamado a empresas no mediocres; un rey del que ya desde sus primeros años se decía que aspiraba a atacar a los franceses. Además de todas estas cosas, era pariente del rey de España, a quien yo ya había arrasado a las armas. De todas estas circunstancias me serví en favor de la Iglesia y con multitud de cartas redactadas no sin ingenio terminé por involucrar a los príncipes en la guerra más terrible de todas. Y no dejé sin tocar ni uno solo de los demás príncipes, ni el rey de Hungría, ni el rey de Portugal, ni el duque de Borgoña, que es como un rey. Pero como a ellos estas cosas no les afectaban en nada, no fui capaz de decidirles; pero también sabía que si los primeros se alborotaban ninguno de los demás estaría tranquilo. Así pues, éstos, aunque actuaran según su natural, recibieron no obstante de nosotros un título honestísimo con el fin de que parecieran defender la Iglesia de Dios tanto más religiosamente cuanto mayor desastre infligieran al pueblo cristiano. Y para que admires todavía más mi ingenio o mi buena suerte, te diré que en aquellos momentos el rey de España estaba en guerra con los turcos, con increíble éxito y con enormes conquistas;

sin embargo dejó todo eso de lado y dirigió todas sus fuerzas contra los franceses. Por su parte el emperador estaba obligado con los franceses no sólo por gran cantidad de pactos, sino también por inmensos beneficios, aunque sólo fuera porque con el dinero y la ayuda de los franceses había recuperado sus ciudades italianas. Y aquí tenía trabajo, esto es: defender lo suyo, pues Padua ya se había rebelado y en Borgoña tenía que rechazar a los güeldreses, enemigos difícilísimos, contra los cuales era responsable de haber incitado a la guerra a su nieto el duque de los borgoñones. Y a pesar de todo logré que dejara de lado sus asuntos y acometiera mi empresa. Por otra parte, no hay ningún pueblo sobre el que menos valga la autoridad del sumo pontífice que los ingleses, algo que quedará perfectamente claro para el que examine la vida del divino obispo Tomás de Canterbury y las constituciones de los antiguos reyes; a pesar de todo esa gente, rebeldísima por lo demás a los tributos, permitió que casi se le desplumara. Es digno de admiración cómo induje incluso a los mismos sacerdotes, que acostumbraban a sustraernos todo lo que podían, a pagar tributo al rey, sin valorar qué tipo de excusa ofrecían a los reyes para el futuro. Pero tampoco los mismos reyes advertían suficientemente qué precedente introducían en contra de sí mismos: que en lo sucesivo estuviera permitido a un sacerdote romano deponer de su trono a aquel príncipe que hubiera incurrido en su odio. Y el joven rey acometió la empresa hasta con mayor entusiasmo del que yo quería o había ordenado, a pesar incluso de que prefería que se pecara por este lado. Pero sería muy largo explicar paso a paso con qué artes excité a una guerra tan peligrosa en contra de cristianos a esos príncipes a los que ningún pontífice pudo jamás con anterioridad convocar ni siquiera en contra de los turcos.

*Pedro.* Pero puede ocurrir que el incendio bélico que has suscitado termine por destruir el mundo entero.

*Julio.* Que así sea, con tal de que la sede romana conserve su dignidad y sus posesiones. He intentado no obstante desplazar todo el peso de la guerra de Italia a los bárbaros. Que ellos luchen cuanto quieran; nosotros permaneceremos a la expectativa y quizá podamos aprovecharnos de su locura.

*Pedro.* ¿Es eso propio de un pastor y de un padre santísimo vicario de Cristo?

*Julio.* ¿Por qué suscitan un cisma?

*Pedro.* Pero hay que tolerar en ocasiones los pecados, si el remedio es causa de mayores males. Además, si tú hubieras aceptado el concilio no habría habido lugar para un cisma.

*Julio.* ¡Bonitas palabras! Yo prefiero mil guerras antes que un concilio. ¿Y si me hubieran depuesto del trono pontificio por simoníaco y negociante del pontificado en vez de Pontífice? ¿Y si se hubieran enterado de toda mi vida y la hubieran revelado al vulgo?

*Pedro.* Aun en el caso de que fueras un auténtico pontífice, sería preferible ceder en tu honor a defender tu dignidad con tan gran perjuicio del orbe cristiano; eso en el caso de que haya alguna dignidad en un obispado confiado a un indigno y ni siquiera confiado, sino más bien comprado y robado. Lo cual me trae de paso a la mente que por una especie de decreto divino has traído la ruina a los franceses, los cuales antes te habían traído para ruina de la Iglesia.

*Julio.* Juro por mi triple corona y por mis preclarísimos triunfos que si enciendes mi cólera, sentirás tú también mi poder.

*Pedro.* ¡Loco! Hasta este momento no he oído más que a un capitán no eclesiástico, sino mundano; y no sólo mundano, sino pagano y hasta más malvado que los paganos. Te precias especialmente de haber podido romper los pactos, suscitar guerras y provocar carnicerías humanas. Ése es el poder de Satanás, no de un pontífice. Quien se hace vicario de Cristo conviene que se aproxime lo más posible a su modelo. Él tiene el poder su-

premo, pero unido a la suprema bondad; es la suma sabiduría, pero simplicísima. Veo en ti la imagen del poder unido a la suprema malicia y la suprema estulticia. Si el diablo, príncipe de la maldad, deseara otorgarse un vicario, ¿a quién llamaría sino a alguien semejante a ti? Dime en dónde está tu conducta apostólica.

*Julio.* ¿Hay algo más apostólico que aumentar la Iglesia de Cristo?

*Pedro.* Pero si la Iglesia es el pueblo cristiano, aglutinado con el espíritu de Cristo, me parece que tú has subvertido la Iglesia al concitar al mundo entero a guerras terribísimas para que tu maldad y pestilencia quedaran impunes.

*Julio.* Nosotros llamamos Iglesia a los templos sagrados, a los sacerdotes y especialmente a la curia romana y en primer lugar a mí, que soy la cabeza de la Iglesia.

*Pedro.* Pero Cristo nos hizo a nosotros ministros y a sí mismo cabeza. Parece que ahora le ha crecido una segunda cabeza. Ahora bien ¿en qué ha aumentado a fin de cuentas la Iglesia?

*Julio.* Ahora vienes a la cuestión. Te lo voy a decir, pues: aquella Iglesia antaño famélica y pobre resplandece ahora con toda clase de ornamentos.

*Pedro.* ¿Con qué ornamentos? ¿Con el ardor de la fe?

*Julio.* Otra vez empiezas a decir tonterías.

*Pedro.* ¿Con la sagrada doctrina?

*Julio.* Me cansas.

*Pedro.* ¿Con el desprecio del mundo?

*Julio.* Déjame hablar a mí. Me refiero a los verdaderos ornamentos, pues todo eso que tú dices no son más que palabras.

*Pedro.* ¿Cuáles, pues?

*Julio.* Palacios reales, caballos y mulos bellísimos, numerosísima servidumbre, tropas equipadísimas, escoltas selectísimas...

*Genio.* Prostitutas hermosísimas, alcahuetes obsequiosísimos.

*Julio.* ...oro, púrpura, impuestos, de suerte que no hay ningún rey que no parezca humilde y pobre si se le compara con las riquezas y boato del romano pontífice; nadie tan ambicioso que no se confiese vencido, nadie tan suntuoso que no condene su frugalidad, nadie tan adinerado y usurero que no tenga envidia de nuestras riquezas. Estos ornamentos he defendido e incrementado.

*Pedro.* Pero dime: ¿quién fue el primero que corrompió y abrumó con esos ornamentos a la Iglesia, que Cristo quiso fuera a la vez purísima y absolutamente desprovista?

*Julio.* ¿Y qué importa eso? Lo importante es que tenemos, poseemos, gozamos; aunque dicen que un tal Constantino cedió toda la autoridad de su imperio al pontífice romano Silvestre: las enseñas, caballos, carros; el casco, el cinturón, el capote rojo, la guardia, las espadas, las coronas de oro (y de oro purísimo además), los ejércitos, las máquinas bélicas, las ciudades, los reinos.

*Pedro.* ¿Y se conservan documentos auténticos de esta generosa donación?

*Julio.* Ninguno, excepto una brizna de paja añadida a los Decretos.

*Pedro.* Quizá sea un cuento.

*Julio.* Lo mismo pienso yo, pues ¿quién en su sano juicio cedería un imperio tan magnífico ni a su propio padre? No obstante, se puede muy bien creerlo e imponemos con amenazas un pesado silencio a aquellos curiosos que tratan de refutar esas cosas.

*Pedro.* Hasta aquí no oigo nada más que mundo.

*Julio.* Tú quizá sueñas todavía con aquella antigua Iglesia en la que tú en compañía de algunos famélicos obispos hacías de pontífice completamente inútil, sometido a la pobreza, al sudor, a los peligros y a mil inconvenientes. Pero el tiempo ha cambiado ya todo a mejor. Muy distinta es ahora la condición del pontífice romano; tú eras pontífice

tan sólo de nombre y título. ¿Qué dirías si vieras ahora tantos templos sagrados levantados con regias riquezas, tantos miles de sacerdotes por doquier, muchos de ellos con una renta enorme; tantos obispos iguales a los reyes por armas y riquezas, tantos espléndidos palacios de sacerdotes? Pero sobre todo ¿qué dirías si ahora vieras en Roma tantos cardenales purpurados, rodeados de legiones de criados, tantos caballos más que regios, tantos mulos adornados con paños de lino, oro y piedras preciosas, algunos calzados incluso con oro y plata? Y si pudieras contemplar ya al sumo pontífice llevado en andas en su silla de oro a hombros de soldados mientras todos le adoran a diestro y siniestro conforme va moviendo su mano; si oyeras el fragor de las bombardas, el son de las trompetas, el ruido de los clarines; si vieras los golpes de las máquinas bélicas, los aplausos del vulgo, las aclamaciones, cómo todo reluce a la luz de las antorchas y los máximos príncipes a duras penas son admitidos a besar los santos pies; si vieras a ese sacerdote romano imponer con el pie la corona de oro al emperador romano, que es el rey de todos los reyes (si de algo valen las leyes escritas), aunque no obtiene sino la sombra de un gran nombre; si vieras y oyeras todo eso ¿qué dirías entonces?

*Pedro.* Diría que veo a un tirano más que mundano, a un enemigo de Cristo, la ruina de la Iglesia.

*Julio.* Hablarías de otra manera si hubieras visto al menos uno de mis triunfos: el de mi entrada en Bolonia o el que celebré en Roma cuando fueron sometidos los venecianos, o el de mi regreso a Roma huyendo de Bolonia o el último que celebré aquí cuando los franceses fueron derrotados en Rávena contra todo lo esperado; si hubieras visto los caballos, la formación de guerreros armados, los ornamentos de los capitanes; si hubieras visto el espectáculo de niños selectos, las antorchas brillando por doquier, la suntuosidad de los banquetes, la pompa de los obispos, el fasto de los cardenales; si hubieras visto los trofeos, el botín de guerra, las aclamaciones de la plebe y de los soldados resonando hasta el cielo; si hubieras visto cómo todo resonaba con los aplausos, el canto de los clarines, el tronar de las trompetas, los truenos de las bombardas, las monedas distribuidas entre el pueblo; si hubieras visto cómo era llevado en andas igual que un dios, protagonista y actor principal de todo el desfile, entonces dirías que los Escipiones, Emilios y Augustos son sórdidos y frugales en comparación conmigo.

*Pedro.* ¡Venga, basta de triunfos, gloriosísimo soldado! Prefiero aquellos otros, aunque paganos, por odio a ti, que —aun siendo padre santísimo en Cristo— celebrabas triunfos por tantos miles de cristianos muertos por culpa tuya, fuiste responsable de la destrucción de tantas legiones, mientras ni con la palabra ni con tu vida has ganado para Cristo ni una miserable alma. ¡Ay, paternas vísceras!, ¡ay, digno vicario de Cristo, que dio su vida para salvarnos a todos! Tú, en cambio, para defender tu sola cabeza pestilente, trajiste la destrucción del mundo entero.

*Julio.* Hablas así porque tienes envidia de mi gloria al ver lo humilde que fue tu episcopado en comparación con el mío.

*Pedro.* ¿Te atreves, desvergonzado, a comparar tu gloria con la mía? Aunque mi gloria es gloria de Cristo, no mía. En primer lugar: si me concedes que Cristo es el mejor y el verdadero príncipe de la iglesia, él mismo fue quien me dio las llaves del reino, él mismo me encargó que apacentara las ovejas, él mismo aprobó mi fe con su elogio; a ti el dinero, las intrigas de los mortales, los engaños te hicieron pontífice, si de verdad una cosa así se puede llamar pontífice. Yo gané para Cristo miles de almas; tú has llevado a la perdición a otras tantas. Yo fui el primero que enseñó a Cristo a una Roma antes pagana; tú te hiciste maestro de un paganismo cristiano. Yo incluso con la sombra de mi cuerpo curaba enfermos, liberaba a los endemoniados, volvía a la vida a los difuntos y por donde pasaba todo lo llenaba de buenas acciones. ¿Han tenido tus triunfos algo parecido? Con mi palabra podía entregar a Satanás a quien quería y hasta dónde alcanzaba

mi poder lo comprobaron Safira y su marido; sin embargo empleé todo mi poder en beneficio de todos. Tú, en cambio, inútil para todos los demás, si algo podías (¿y qué era lo que no podías?), lo empleaste en la destrucción de todo el mundo.

*Julio.* Me pregunto por qué no añades también al catálogo de tus glorias estas otras cosas: pobreza, vigiliias, sudores, tribunales, cárceles, condenas, ignominias, plagas y finalmente la cruz.

*Pedro.* Me amonestas justamente, pues, en efecto, me gloriaré más de estas cosas que de los milagros. Cristo ordenó que nos alegráramos y estuviéramos exultantes en virtud de ellas; nos llamó bienaventurados por ellas. Por eso Pablo, mi compañero de antaño, cuando se gloria de sus hazañas no evoca las ciudades tomadas por las armas, las legiones pasadas a cuchillo, los príncipes del mundo concitados a la guerra, los fastos tiránicos, sino los naufragios, las cadenas, las ignominias, los peligros, las insidias. Éste es el triunfo verdaderamente apostólico; ésta es la gloria del capitán cristiano. Él se gloria de los que engendró a Cristo, de los que apartó del pecado, no de cuántos miles de ducados acumuló. Finalmente a nosotros, que celebramos con Cristo un triunfo ya perpetuo, nos acompañan con alabanzas hasta los malos; a ti nadie habrá que no te maldiga, excepto quizá alguien semejante a ti o algún adulator.

*Julio.* Oigo lo que nunca había oído.

*Pedro.* Lo creo. En efecto, ¿qué tiempo tuviste para abrir los Evangelios y leer con atención las epístolas de Pablo y las mías, ocupado como estabas con tantas legaciones, tantas alianzas, tantas cuentas, tantos ejércitos, tantos triunfos? Todas las demás disciplinas requieren un ánimo libre de bajas preocupaciones, pero la disciplina de Cristo exige un pecho purgadísimos de todo contagio de preocupaciones terrenas, pues un maestro tan sublime no descendió del cielo a la tierra para enseñar a los mortales alguna filosofía fácil o vulgar. Ser cristiano no es una profesión ociosa ni exenta de peligros. Despreciar todos los placeres como veneno, pisotear las riquezas como basura, no conceder valor a la vida; ésta es la profesión del hombre cristiano. Puesto que todo eso parece intolerable a aquellos sobre los que no actúa el espíritu de Cristo, se desvían a algunos vocablos vacíos y a meras ceremonias y añaden un cuerpo facticio a una facticia cabeza de Cristo.

*Julio.* ¿Qué bien me dejas finalmente si me privas del dinero, si me despojas del trono, si me arrebatas la usura, si me haces abdicar de los placeres, si me quitas a fin de cuentas la vida?

*Pedro.* ¿Por qué no llamas, pues, desgraciado al mismo Cristo, que aun siendo superior a todos fue hecho escarnio de todos? Él pasó toda su vida en la pobreza, entre sudores, ayunos, penuria; y finalmente murió con la muerte más ignominiosa de todas.

*Julio.* Hallará quizá a quien lo alabe, pero a nadie que lo imite, al menos en estos tiempos.

*Pedro.* Pero ese mismo alabar es ya una imitación. Aunque Cristo no priva a los suyos de bienes, sino que a cambio de falsos bienes, los enriquece con otros verdaderos y eternos; mas no los enriquece sino después de que hayan renunciado y se hayan limpiado de todos los bienes de este mundo. Del mismo modo que él era todo celeste, quiso también que su cuerpo, es decir, su Iglesia fuera completamente igual, es decir, completamente ajena al contagio del mundo. De lo contrario, ¿quién podría ser como él, que está sentado en los cielos, si todavía está inmerso en las heces terrenas? Ahora bien, una vez se ha limpiado de todas las comodidades y, lo que es más, de todos los afectos de este mundo, entonces Cristo distribuye sus riquezas y por los placeres abandonados (dulces, pero teñidos de mucha amargura) difunde el sabor de los gozos celestes, que son mucho más excelentes que las riquezas a las que se ha renunciado.

*Julio.* Dime cuáles, por favor.

*Pedro.* Si no las estimas riquezas vulgares, el don de la profecía, el don de la ciencia, el don de los milagros; si no lo estimas vil, Cristo mismo, pues quien lo tiene posee con él todas las cosas; finalmente esta vida, si no estimas que aquí vivimos pobremente. Así que cuanto más afligido está uno en el mundo, tanto más deliciosamente goza en Cristo; cuanto más pobre en el mundo, tanto más rico en Cristo; cuanto más abyecto en el mundo, tanto más sublime y honrado en él; cuanto menos vive en el mundo, tanto más vive en Cristo. Pero Cristo quiso que todo su cuerpo fuera purísimo y especialmente sus ministros, esto es, los obispos y entre ellos que quien está elevado a una mayor dignidad sea más semejante a él y más libre y desvinculado de todos los bienes del mundo. Por el contrario ahora veo al que pretende ser considerado próximo o incluso igual a Cristo, inmerso preferentemente en las cosas más sórdidas de todas, en las riquezas, en la autoridad temporal, en los ejércitos, en las guerras, en las alianzas, por no decir nada de otros vicios. Y encima, aunque estás alejadísimo de Cristo, abusas sin embargo del título de Cristo para soberbia tuya y bajo la veste de aquel que despreció el reino del mundo, te comportas como un tirano mundano y siendo en realidad enemigo de Cristo, te arrogas para ti el honor a Él debido. Bendices a los demás cuando tú mismo estás maldito; abres a los demás el cielo del que tú mismo estás excluido; consagras cuando estás execrado; excomulgas cuando nada tienes en común con los santos. Pues ¿qué te separa del rey de los turcos excepto que tú te revistes del nombre de Cristo? Posees sin duda la misma mente, idéntica vida sórdida; pero tú eres para el mundo una peste aún mayor.

*Julio.* Yo sin embargo deseaba una Iglesia adornada de toda clase de bienes. Dicen que Aristóteles estableció tres clases de bienes, de los que unos pertenecen a la fortuna, otros al cuerpo, otros al alma. Y como yo no quería invertir el orden de los bienes, comencé con los bienes de fortuna. Quizá habría llegado poco a poco a los bienes del alma, si una muerte prematura no se me hubiera llevado de la tierra.

*Pedro.* ¿Una muerte prematura, cuando pasas ya de los setenta años? Pero ¿qué necesidad había de mezclar el agua con el fuego?

*Julio.* Pero si faltan estos bienes materiales, el vulgo no nos tendrá ninguna consideración, mientras que ahora tienen miedo y nos odian. Y de esta manera toda la comunidad cristiana se hundirá, si no puede defenderse contra la violencia de los enemigos.

*Pedro.* Al contrario. Si el pueblo cristiano viera en ti las verdaderas dotes de Cristo, concretamente: vida santa, sagrada doctrina, caridad ardiente, profecía, virtudes, te admiraría tanto más cuanto más limpio te viera de los bienes del mundo; y la comunidad cristiana florecería más extensamente, si por la pureza de la vida, por el desprecio de los placeres, de las riquezas, del poder, de la muerte incluso, fuera objeto de la admiración de los gentiles. Ahora no sólo está reducida a la mínima expresión, sino que encontrarás además que la mayor parte sólo son cristianos de nombre. Te pregunto: ¿no meditabas contigo mismo, siendo el supremo pastor de la Iglesia, cómo había nacido la Iglesia, por qué medios había crecido y se había establecido sólidamente? ¿Acaso fue con guerras, con riquezas, con caballos? Más bien con paciencia, con la sangre de los mártires y la nuestra, con cárceles, con ignominias. Tú dices que la Iglesia ha crecido cuando sus ministros están abrumados con autoridad humana; la llamas ornada cuando se ensucia con las delicias y obligaciones mundanas; la declaras defendida cuando por el peculio de los sacerdotes el mundo entero se ve envuelto en guerras perniciosísimas; la proclamas floreciente cuando está ebria de los placeres del mundo, tranquila cuando goza de las riquezas e incluso de los vicios sin que nadie proteste; y con estos rótulos engañaste a los príncipes, los cuales, adoctrinados por tu enseñanza, llaman a sus grandes latrocinios y furiosos conflictos «defensa de Cristo».

*Julio.* Nunca con anterioridad había escuchado algo así.

*Pedro.* ¿Qué te enseñaban, entonces, los demagogos?

*Julio.* De ellos no oía, la verdad, más que meras alabanzas; entonaban los elogios de mi persona con palabras almibaradas; proclamaban que yo era Júpiter que todo lo sacude con el rayo, un verdadero numen, la salvación pública del mundo y otras muchas cosas del mismo tenor.

*Pedro.* No es extraño, ciertamente, que no hubiera nadie que te pudiera sazonar, puesto que en cuanto a la sal eres insulso y fatuo. En efecto, el oficio propio de un varón apostólico es enseñar Cristo a los demás y de la forma más pura posible.

*Julio.* Así pues, ¿no abres?

*Pedro.* A cualquier otro antes que a semejante peste. Para ti ciertamente todos estamos excomulgados. Pero ¿quieres un buen consejo? Tienes un montón de hombres aguerridos; tienes una enorme cantidad de dinero; tú mismo eres un buen constructor. Construye para ti un nuevo paraíso, pero bien fortificado para que no pueda ser asaltado por los demonios.

*Julio.* Haré por el contrario lo que es digno de mí. Me ocultaré durante algunos meses e incrementadas mis tropas, os desalojaré de ahí por la fuerza si no os rendís. No dudo, en efecto, que en breve llegarán hasta mí, por las matanzas de la guerra, sesenta mil hombres.

*Pedro.* ¡Qué peste! ¡Ay, pobre Iglesia! Ven aquí, Genio, pues resulta más agradable hablar contigo que con este monstruo abominable.

*Genio.* ¿Qué ocurre?

*Pedro.* ¿Los restantes obispos son como éste?

*Genio.* Una buena parte es harina del mismo costal, pero éste se lleva la palma.

*Pedro.* ¿Le incitaste tú a tantos crímenes?

*Genio.* Yo en absoluto. Incluso él iba tan por delante de mí, que apenas podía seguirlo con la ayuda de las alas.

*Pedro.* No me extraña, ciertamente, que sean tan pocos los que llegan aquí, si azotes como éste llevan el timón de la Iglesia. A pesar de todo me atrevo a conjeturar que el pueblo todavía tiene curación de alguna manera, puesto que rinde honores a una cloaca tan inmundada en virtud del mero título de Pontífice.

*Genio.* Dices la pura verdad. Pero ya me hace una seña mi general y agita el báculo. Así que, adiós.